

CAPÍTULO 1

1

Harry Dunning se graduó de manera triunfal. Yo asistí a la pequeña ceremonia en el gimnasio del instituto, por invitación suya. En realidad, él no tenía a nadie más, así que acepté con mucho gusto.

Tras la bendición (pronunciada por el padre Bandy, quien raramente se perdía un acto del instituto), me abrí paso entre el remolino de amigos y familiares hasta donde, solitario, se encontraba Harry envuelto en su inflada toga negra, sosteniendo el diploma en una mano y el birrete alquilado en la otra. Le cogí el gorro para poder estrecharle la mano. Sonrió, exponiendo una dentadura con muchos agujeros y varias piezas torcidas. Aun así, esgrimía una sonrisa radiante y cautivadora.

—Gracias por venir, señor Epping. Muchas gracias.

—Ha sido un placer. Y puedes llamarme Jake. Es un pequeño privilegio que concedo a los estudiantes que tienen edad suficiente para ser mi padre.

Por un momento pareció confundido, entonces se echó a reír.

—Sí, supongo que es así, ¿no? ¡Ostras!

Yo también me eché a reír. Un montón de gente reía a nuestro alrededor. Y corrían las lágrimas, por supuesto. Lo que para mí entraña tanta dificultad, resulta fácil para muchas personas.

—¡Y ese sobresaliente alto! ¡Ostras! ¡Nunca en toda mi vida había sacado un sobresaliente alto! ¡Ni siquiera lo esperaba!

—Te lo merecías, Harry. Y bueno, ¿qué es lo primero que vas a hacer como graduado de secundaria?

Su sonrisa desapareció por un segundo; era una perspectiva que no había contemplado.

—Pues supongo que volveré a casa. Tengo una casita alquilada en Goddard Street, ¿sabe? —Alzó el diploma, sujetándolo cuidadosamente con las yemas de los dedos, como si la tinta pudiera correrse—. Le pondré un marco y lo colgaré en la pared. Después supongo que me serviré una copa de vino y me sentaré en el sofá y me quedaré admirándolo hasta la hora de dormir.

—Parece un buen plan —dije—, pero antes, ¿te gustaría acompañarme a comer una hamburguesa con patatas fritas? Podríamos ir a Al's.

Esperaba una mueca como respuesta, aunque, por supuesto, estaba juzgando a Harry tomando como patrón a mis colegas. Por no mencionar a la mayoría de los chicos a los que enseñábamos; evitaban Al's como la peste y solían frecuentar el Dairy Queen frente al instituto o el Hi-Hat en la 196, cerca de donde en otro tiempo estuvo el viejo autocine de Lisbon.

—Sería estupendo, señor Epping. ¡Gracias!

—Jake, ¿recuerdas?

—Jake, claro.

De modo que llevé a Harry a Al's, donde yo era el único cliente asiduo de entre el profesorado y, aunque aquel verano había contratado a una camarera, nos sirvió el propio Al. Como de costumbre, un cigarrillo (ilegal en establecimientos públicos hosteleros, pero eso nunca fue un impedimento) ardía en la comisura de sus labios, y entornaba el ojo del mismo lado a causa del humo. Cuando vio la toga de graduación doblada y comprendió el motivo de la celebración, insistió en correr con la cuenta (si podía llamarse así; las comidas en Al's eran extraordinariamente baratas, lo cual había suscitado rumores acerca del destino de ciertos animales callejeros de la vecindad). Además, nos sacó una foto, que más tarde colgó en lo que él denominaba Muro Local de los Famosos. Entre los «famosos» representados se incluía al difunto Albert Dunton, fundador de la Joyería Dunton; a Earl Higgins, un antiguo director del instituto; a John Crafts, fundador de Automóviles John Crafts, y, por supuesto, al padre Bandy, de la iglesia de San Cirilo. (El sacerdote estaba emparejado con el papa Juan XXIII; este último no por ser lugareño, sino por la veneración de Al Templeton, quien se

definía como «un buen católico».) La foto que Al sacó aquel día muestra a Harry Dunning con una gran sonrisa. Yo posaba a su lado, y ambos sujetábamos el diploma. Su corbata estaba ligeramente torcida. Lo recuerdo porque me hizo pensar en aquellos garabatos que trazaba al final de las y minúsculas. Lo recuerdo todo. Lo recuerdo muy bien.

2

Dos años más tarde, el último día de curso, me encontraba sentado en la misma sala de profesores leyendo una hornada de trabajos finales que mis alumnos de la clase avanzada de poesía americana habían escrito. Los chicos ya se habían marchado, libres y despreocupados ante un nuevo verano, y pronto yo seguiría su ejemplo. Por el momento, me alegraba de estar donde estaba, disfrutando de ese silencio poco frecuente. Pensé que antes de irme incluso tendría que limpiar el armario donde guardábamos comida. *Alguien* tenía que hacerlo, pensé.

Más temprano, ese mismo día, Harry Dunning se me había acercado cojeando después de las tutorías (que habían sido especialmente bulliciosas, como suele ocurrir en todas las aulas y salas de estudio el último día de curso) y me había tendido la mano.

—Quería darle las gracias por todo —dijo.

Sonreí abiertamente.

—Ya lo hiciste, según recuerdo.

—Sí, pero este es mi último día. Me jubilo, así que quería estar seguro y darle las gracias otra vez.

Mientras le estrechaba la mano, un chaval que pasaba a nuestro lado —seguramente del segundo curso, a juzgar por la cosecha fresca de espinillas y el tragicómico rastrojo que aspiraba a ser perilla en el mentón— susurró:

—Harry el Sapo, brincando calle a-ba-jo.

Hice ademán de agarrarle con la intención de obligarle a que se disculpara, pero Harry me detuvo. Su sonrisa era natural y no parecía ofendido.

—Bah, no se preocupe, estoy acostumbrado. Son solo niños.

—Correcto —asentí—. Y nuestro trabajo es educarlos.

—Lo sé, y a usted se le da bien. Pero no es mi trabajo ser... cómo se dice, el «momento enseñable» de nadie. Y hoy menos aún. Espero que se cuide, señor Epping. —Quizá tuviera edad suficiente para ser mi padre, pero por lo visto *Jake* siempre iba a estar fuera de su alcance.

—Tú también, Harry.

—Nunca olvidaré ese sobresaliente alto. También le puse un marco. Lo tengo junto a mi diploma.

—Bien hecho.

Y era cierto. Era perfecto. Su redacción había sido arte primitivista, pero en todos los aspectos tan poderoso y auténtico como cualquier pintura de la abuela Moses. Desde luego, era mejor que el material que leía en ese momento. Esos trabajos estaban redactados con una ortografía en su mayor parte correcta y un lenguaje claro (aunque mis precavidos alumnos «no corredores de riesgos» destinados a la universidad tenían una irritante tendencia a caer en la voz pasiva), pero el mensaje era pálido. Aburrido. Mis chicos de la clase avanzada pertenecían a los primeros cursos —Mac Steadman, el director del departamento, se adjudicaba los del último año—, pero escribían como ancianitos y ancianitas, todo con un estilo amanerado y «*oooh, no resbales en ese suelo helado, Mildred*». A pesar de sus lapsus gramaticales y su concienzuda cursiva, Harry Dunning había escrito como un héroe. En una ocasión, al menos.

Mientras cavilaba sobre la diferencia entre la literatura ofensiva y defensiva, el interfono de la pared carraspeó.

—¿Está el señor Epping en la sala de profesores del ala oeste? ¿Por casualidad sigues ahí, Jake?

Me levanté, apreté el botón con el pulgar y dije:

—Sigo aquí, Gloria. Por mis pecados. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tienes una llamada. Un tipo llamado Al Templeton. Puedo pasártela si quieres. O decirle que ya te has ido.

Al Templeton, dueño y operario de Al's Diner, del que renegaba todo el cuerpo docente del instituto, excepto un servidor. Incluso mi estimado director del departamento —que intentaba hablar como un catedrático de Cambridge y que también se aproximaba a la edad de jubilación— era conocido por referirse a la especialidad de la casa como la Famosa Gatoburguesa de Al en lugar de la Famosa Granburguesa de Al.

Bueno, claro que no es realmente de gato, diría la gente, o probablemente no es de gato, pero si cuesta uno con diecinueve, tampoco puede ser de ternera.

—¿Jake? ¿Te me has quedado dormido?

—No, no, estoy bien despierto. —Además, sentía curiosidad por saber por qué Al me llamaba al instituto. Y, si vamos al caso, por qué me llamaba siquiera. La nuestra siempre había sido una relación estrictamente cocinero-cliente. Yo apreciaba su comida, y Al apreciaba mi patrocinio—. Adelante, pásamelo.

—De todas formas, ¿por qué sigues aquí?

—Me estoy flagelando.

—¡Oooh! —exclamó Gloria, y pude imaginarla aleteando sus largas pestañas—. Me encanta cuando dices guarrerías. No cuélgues y espera hasta que oigas el ring-ring.

Cortó la comunicación. La extensión sonó y levanté el auricular.

—¿Jake? ¿Estás ahí, socio?

Al principio pensé que Gloria debía de haber entendido mal el nombre. Aquella voz no podía pertenecer a Al. Ni siquiera el peor resfriado del mundo podría haber producido semejante graznido.

—¿Quién es?

—Al Templeton, ¿no te lo han dicho? Jesús, ese tono de espera es un asco. ¿Qué pasó con Connie Francis?

Empezó a toser, emitiendo un ruido de trinquetes tan fuerte que me obligó a apartar el teléfono de la oreja.

—Parece que tengas la gripe.

Se echó a reír, pero a la vez seguía tosiendo. La combinación resultaba verdaderamente truculenta.

—He pillado algo, sí.

—Ha debido de pegarte rápido. —Había estado allí el día anterior tomando una cena temprana. Una Granburguesa, patatas fritas y un batido de fresa. En mi opinión, es fundamental que un tipo que vive solo les dé a todos los grupos alimenticios importantes.

—Podrías decirlo así. Aunque también podrías decir que tardó su tiempo. Acertarías de cualquiera de las dos formas.

No supe qué responder a eso. Había mantenido muchas conversaciones con Al en los seis o siete años que llevaba frecuentando el Diner, y él podía ser raro —insistía en referirse a los Patriots de Nueva Inglaterra como los Patriots de Boston, por ejemplo, y ha-

blaba de Ted Williams como si le conociera igual que a un hermano—, pero nunca había tenido una conversación tan extraña como aquella.

—Jake, necesito verte. Es importante.

—¿Puedo preguntar...?

—Ya cuento con que me harás muchas preguntas, y las responderé, pero no por teléfono.

Ignoraba cuántas respuestas sería capaz de dar antes de que le fallara la voz, pero le prometí que iría aproximadamente en una hora.

—Gracias. Ven antes si puedes. El tiempo es, como se suele decir, de vital importancia. —Y colgó, tal cual, sin despedirse siquiera.

Terminé de leer dos trabajos más, y aunque solo me quedaban cuatro, eso no me sirvió de motivación. Había perdido el humor. Así que los deslicé en mi maletín y me marché. Me pasó por la cabeza la idea de subir a la oficina y desearle a Gloria un buen verano, pero no me molesté. Ella estaría allí toda la semana siguiente, cerrando los libros de otro año escolar, y yo iba a volver el lunes para limpiar el armarito; se trataba de una promesa que me había hecho a mí mismo. De otro modo, los profesores que usaran la sala del ala oeste durante el verano lo encontrarían infestado de bichos.

Si hubiera sabido lo que me deparaba el futuro, ciertamente habría subido a verla. Quizá incluso le habría dado el beso que flirteaba en el aire entre nosotros desde el último par de meses. Pero, por supuesto, no lo sabía. La vida cambia en un instante.

3

Al's Diner ocupaba una enorme caravana plateada frente a las vías de Main Street, a la sombra de la vieja fábrica textil Worumbo. Lugares como ese pueden parecer vulgares, pero Al había ocultado los bloques de cemento sobre los que se asentaba su establecimiento con frondosos parterres de flores. Tenía incluso un cuadrado de césped que él mismo recortaba con un antiguo cortacésped manual. El aparato estaba tan bien cuidado como las flores y el césped; ni rastro de herrumbre en las runruneantes hojas, pintadas de un color resplandeciente. Bien podría haberla comprado en la tienda

local de Western Auto la semana anterior..., si aún hubiera un Western Auto en Las Falls, claro. En otro tiempo sí hubo uno, pero cayó víctima de las grandes superficies con el cambio de siglo.

Avancé por el camino pavimentado, subí los escalones, y entonces me detuve con el ceño fruncido. El letrero en el que se leía ¡BIENVENIDOS A AL'S DINER, EL HOGAR DE LA GRANBURGUESA! ya no estaba. Lo sustituía un cuadrado de cartón que anunciaba CERRADO POR ENFERMEDAD. NO REABRIREMOS. GRACIAS POR ELEGIROS TODOS ESTOS AÑOS & QUE DIOS OS BENDIGA.

Aún no me había internado en la niebla de irrealidad que pronto me engulliría, pero los primeros zarcillos ya se filtraban, rodeándome, y los sentía. No era un resfriado de verano lo que había causado la ronquera que oí en la voz de Al ni los graznidos de tos. Tampoco había sido la gripe. A juzgar por el letrero, se trataba de algo más serio. Pero ¿qué clase de enfermedad grave se contraía en veinticuatro horas? En menos, realmente. Eran las dos y media. Me había marchado de Al's a las cinco cuarenta y cinco, y entonces se encontraba bien. Casi frenético, de hecho. Recuerdo que le pregunté si no habría estado bebiendo mucho café, y respondió que no, que solo estaba pensando en tomarse unas vacaciones. ¿Las personas que están enfermas (lo bastante enfermas como para cerrar el negocio que han regentado en solitario durante más de veinte años) hablan de tomarse unas vacaciones? Algunas, quizá, pero probablemente no sean muchas.

La puerta se abrió antes de que mi mano alcanzara el picaporte, y allí estaba Al mirándome, sin sonreír. Eché una ojeada por encima del hombro, sintiendo que aquella niebla de irrealidad se espesaba a mi alrededor. El día era cálido; la niebla, fría. En aquel momento aún habría podido dar media vuelta y salir de ella, regresar al sol de junio, y una parte de mí deseó hacerlo. Sin embargo, más que nada, me quedé petrificado por el asombro y la consternación. También por el terror, debería admitirlo. Porque las enfermedades graves nos *aterrorizan*, ¿verdad?, y bastaba un simple vistazo para notar que Al se encontraba gravemente enfermo. Aunque puede que *mortalmente* sea la palabra más apropiada.

No solo era que sus normalmente rubicundas mejillas se habían tornado flácidas y cetrinas. No solo era el velo que cubría sus ojos azules, que ahora parecían desvaídos y miopes. Ni siquiera era su

pelo, antes casi todo negro y ahora casi todo blanco..., después de todo, tal vez se aplicaba uno de esos productos cosméticos por vanidad y decidió de improviso lavárselo y dejárselo al natural.

Lo imposible del asunto era que, en las veintidós horas transcurridas desde la última vez que lo había visto, Al Templeton parecía haber perdido por lo menos quince kilos. Quizá veinte, lo cual representaría un cuarto de su anterior peso corporal. Nadie pierde quince o veinte kilos en menos de un día, *nadie*. Sin embargo, mis ojos no me engañaban. Y aquí, creo, fue donde la niebla de irrealidad me engulló de un bocado.

Al sonrió, y advertí que, además de peso, había perdido varios dientes. Las encías presentaban un aspecto pálido y enfermizo.

—¿Te gusta mi nuevo yo, Jake? —Y empezó a toser, espesos sonidos de cadenas que surgían desde sus entrañas.

Abrí la boca. No brotó palabra alguna. La idea de huir se cernió de nuevo sobre cierta parte cobarde y asqueada de mi mente, pero incluso si dicha parte hubiera tenido el control, no habría podido hacerlo. Estaba clavado en el suelo.

Al dominó la tos y sacó un pañuelo del bolsillo trasero. Se limpió primero la boca y luego la palma de la mano. Antes de que volviera a guardarlo, pude distinguir algunas vetas rojas.

—Entra —me dijo—. Tengo mucho que contar, y creo que eres el único que me escuchará. ¿Me vas a escuchar?

—Al. —Mi voz sonaba tan baja y débil que a duras penas me oía a mí mismo—. ¿Qué te ha pasado?

—¿*Me vas a escuchar?*

—Claro.

—Tendrás preguntas, y responderé a tantas como pueda, pero procura que sean las mínimas. No me queda demasiada voz. Diablos, no me queda demasiada *fuerza*. Vamos dentro.

Entré. El restaurante estaba oscuro y frío y vacío; la barra, brumosa y sin migas; el cromo de los taburetes relucía, la urna de la cafetera brillaba lustrosa; el cartel que decía SI NO TE GUSTA NUESTRA CIUDAD, BUSCA UN HORARIO seguía en su sitio de costumbre, junto a la caja registradora Sweda. Lo único que faltaba eran los clientes.

Bueno, y el cocinero-propietario, por supuesto. Al Templeton había sido reemplazado por un fantasma anciano y renqueante.

Cuando corrió el pestillo de la puerta, encerrándonos dentro, el sonido retumbó con fuerza.

4

—Cáncer de pulmón —explicó con total naturalidad tras diriginos a un reservado en el otro extremo del restaurante. Se dio unas palmadas en el bolsillo de su camisa, y vi que estaba vacío. El siempre presente paquete de Camel había desaparecido—. No fue una gran sorpresa. Empecé a fumar a los once años y no lo dejé hasta el día que me lo diagnosticaron. Más de cincuenta condenados años. Tres paquetes diarios hasta que el precio subió en 2007. Entonces hice un sacrificio y lo rebajé a dos diarios. —Se echó a reír, resollando.

Pensé en decirle que sus cálculos tenían que estar equivocados, porque yo conocía su edad real. Un día del invierno anterior, al preguntarle por qué estaba manejando la parrilla con un gorro de cumpleaños puesto, contestó «*Porque hoy cumpla cincuenta y siete, socio. Lo que me convierte en un Heinz oficial*». Sin embargo, me había rogado que no hiciera preguntas a menos que fuera absolutamente necesario, y supuse que la petición incluía no interrumpir para realizar correcciones.

—Si yo fuera tú, y ojalá lo fuera, aunque nunca desearía que tú fueras yo, no en mi situación actual, estaría pensando: «Aquí está pasando algo muy raro, nadie coge un cáncer de pulmón avanzado de la noche a la mañana». ¿Es correcto?

Asentí con la cabeza. Exactamente.

—La respuesta es muy simple. No ha sido de la noche a la mañana. Empecé a toser y a echar los higadillos hace unos siete meses, en mayo.

Eso era una novedad para mí; si había tosido, no fue mientras yo estaba presente. Además, se equivocaba otra vez en los cálculos.

—Al, ¿hola? Estamos en junio. Hace siete meses era diciembre.

Agitó una mano —falanges delgadas, el anillo del cuerpo de Marines colgando de un dedo donde antes solía encajar cómodamente— como diciendo «*Por ahora, pásalo por alto, no lo tomes en cuenta*».

—Al principio pensé que había cogido un catarro. Pero no tenía fiebre, y en lugar de mejorar, la tos empeoró. Después empecé a perder peso. Bueno, no soy estúpido, socio, y siempre supe que la C mayúscula podría estar esperándome en la baraja... aunque mis padres fumaban como condenadas chimeneas y vivieron más de ochenta años. Supongo que siempre encontramos excusas para mantener nuestros malos hábitos, ¿no?

Empezó a toser de nuevo y sacó el pañuelo. Cuando el ataque remitió, dijo:

—No puedo irme por las ramas, pero lo he estado haciendo toda mi vida y es difícil parar. Más difícil que dejar los cigarrillos, en realidad. La próxima vez que empiece a divagar, haz como si te cortaras la garganta con el dedo, ¿vale?

—De acuerdo —asentí con suficiente amabilidad. Para entonces, ya se me había ocurrido que lo estaba soñando todo. De ser así, se trataba de un sueño sumamente vívido, uno que incluía hasta la última sombra arrojada por el ventilador del techo, sombras que desfilaban por los manteles individuales donde se leía ¡NUESTRO BIEN MÁS PRECIADO ERES TÚ!

—Para abreviar, fui al médico y me hizo una radiografía, y allí estaban, grandes como el demonio. Dos tumores. Necrosis avanzada. Inoperable.

Una radiografía, pensé; ¿seguían utilizándolas para diagnosticar el cáncer?

—Me quedé allí una temporada, pero al final tuve que regresar.

—¿De dónde? ¿De Lewiston? ¿Del Hospital General de Central Maine?

—De mis vacaciones. —Sus ojos me observaban fijamente desde las oscuras cavidades en donde estaban desapareciendo—. Salvo que no eran ningunas vacaciones.

—Al, nada de esto tiene sentido para mí. Ayer tú estabas aquí y estabas *bien*.

—Échale un buen vistazo a mi cara. Empieza por el pelo y sigue hacia abajo. Procura ignorar lo que me está haciendo el cáncer (hace estragos en el aspecto de una persona, de eso no cabe duda) y luego dime que soy el mismo hombre que viste ayer.

—Bueno, es evidente que te has quitado el tinte...

—Nunca he usado tinte. No me molestaré en dirigir tu atención

hacia los dientes que he perdido mientras estaba... fuera. Sé que te has fijado. ¿Crees que eso lo hizo una máquina de rayos X? ¿O el estroncio noventa en la leche? Ni siquiera *bebo* leche, excepto una gota en la última taza de café del día.

—¿Estroncio *qué*?

—No importa. Busca en tu, ya sabes, en tu lado femenino. Mírame como miran las mujeres cuando quieren calcular la edad de otra.

Probé a hacer lo que me pedía, y aunque lo que observé nunca se sostendría ante un tribunal, a mí me convenció. Telarañas de estrías se desplegaban alrededor de sus ojos, y en los labios se apreciaban los finos y delicadamente arrugados pliegues que uno distingue en las personas que ya no tienen que enseñar sus tarjetas de descuento de la tercera edad en las taquillas de los multicines. Surcos de piel que no habían estado allí la noche anterior ahora cruzaban la frente de Al. Otras dos arrugas, mucho más profundas, enmarcaban su boca. La barbilla se veía más afilada, y la piel del cuello había ganado en flacidez. El mentón puntiagudo y dos pliegues de piel en la garganta podrían ser consecuencia de la catastrófica pérdida de peso de Al, pero aquellas arrugas... y si no mentía con respecto a su pelo...

Sonreía un poco. Era una sonrisa adusta carente de humor. Lo que, de algún modo, la agravaba.

—¿Recuerdas mi cumpleaños el pasado marzo? «No te preocupes, Al», dijiste, «si ese estúpido gorro de fiesta se te prende cuando estés agachado sobre la parrilla, agarraré el extintor y te apagaré». ¿Te acuerdas?

Me acordaba.

—Dijiste que ya eras un Heinz oficial.

—Eso es. Y ahora tengo sesenta y dos años. Sé que el cáncer me hace parecer todavía más viejo, pero esos... y esos... —Se tocó la frente y a continuación el contorno de los párpados—. Esos son auténticos tatuajes de la edad. Medallas de honor, en cierto sentido.

—Al... ¿puedo beber un vaso de agua?

—Claro. Menudo shock, ¿no? —Me miraba con comprensión—. Seguro que piensas: «O yo estoy loco, o él está loco, o lo estamos los dos». Lo sé. Ya he pasado por eso.

Se impulsó fuera del reservado con gran esfuerzo, colocando la

mano derecha por debajo de la axila izquierda, como si de algún modo intentara mantenerse de una pieza. Después me condujo al otro lado de la barra. Al hacerlo, identifiqué otro elemento de aquel irreal encuentro: excepto por las ocasiones en que habíamos compartido un banco en la iglesia de San Cirilo (no muy frecuentes; aunque me educaron en la fe cristiana, no soy muy católico) o cuando por casualidad me cruzaba con él en la calle, nunca había visto a Al sin su delantal de cocina.

Cogió un reluciente vaso de un estante y me sirvió agua de un centelleante grifo plateado. Le di las gracias, y cuando ya me dirigía de regreso al reservado, me tocó en el hombro. Ojalá no lo hubiera hecho. Fue como ser tocado por el Viejo Marinero de Coleridge, aquel que detiene a uno de tres.

—Antes de volver a sentarnos, quiero que veas algo. Será más rápido así. Solo que *ver* no es la palabra correcta. Supongo que *experimentar* se acerca más. Bebe, socio.

Bebí la mitad del vaso. El agua estaba fresca y sabía bien, pero en ningún momento aparté los ojos de Al. La parte cobarde de mí esperaba ser sobresaltada, como la primera víctima involuntaria en una de esas películas de maníacos sueltos, esas cuyos títulos suelen ir siempre acompañados de un número. Sin embargo, Al se limitó a permanecer allí parado, con una mano apoyada en la barra, una mano arrugada y de nudillos enormes. No parecía propia de un hombre de cincuenta y tantos, ni siquiera de uno con cáncer, y...

—¿Eso lo hizo la radiación? —pregunté de repente.

—¿Hacer qué?

—Estás *moreno*. Por no mencionar esos lunares oscuros que tienes en el dorso de la mano. O son producto de la radiación o has tomado demasiado el sol.

—Bueno, puesto que no me he sometido a ningún tratamiento con radiación, solo queda el sol. He recibido una buena dosis en los últimos cuatro años.

Por lo que yo sabía, Al había pasado la mayor parte de ese tiempo volteando hamburguesas y preparando batidos bajo los tubos fluorescentes, pero guardé silencio y me bebí el resto del agua. Cuando dejé el vaso sobre la barra de formica, noté que la mano me temblaba ligeramente.

—Muy bien, ¿qué es lo que quieres que vea? ¿O que experimente?

—Ven por aquí.

Me guió por la larga y estrecha área de cocina, pasando por la parrilla doble, la freidora, el fregadero, la nevera Frost-King y el zumabante congelador, que me llegaba a la altura de la cintura. Se detuvo delante del silencioso lavavajillas y señaló la puerta en el extremo de la cocina. Era baja; Al tendría que agachar la cabeza para atravesarla, y solo medía aproximadamente uno sesenta y ocho. Yo medía uno noventa (algunos chicos me apodaban Helicóptero Epping).

—Ahí —indicó—. Por esa puerta.

—¿Esa no es tu despensa? —Una pregunta estrictamente retórica; a lo largo de los años había visto a Al sacar de allí suficientes latas, sacos de patatas y bolsas de productos secos para saber de sobra lo que era.

Al parecía no haberme oído.

—¿Sabías que originariamente abrí este tugurio en Auburn?

—No.

Asintió con la cabeza, y eso pareció desencadenar otro acceso de tos. Lo sofocó con el cada vez más ensangrentado pañuelo. Cuando este último ataque por fin remitió, tiró el pañuelo a un cubo de basura cercano y luego cogió un puñado de servilletas de un dispensador que había en la barra.

—Es una Aluminaire, fabricada en los años treinta, auténtico art déco donde lo haya. Quise una desde la primera vez que mi padre me llevó al Chat' N Chew de Bloomington cuando yo era un crío. La compré totalmente equipada y me instalé en Pine Street. Estuve allí casi un año, y vi que si me quedaba, estaría arruinado en un año. Había demasiados garitos para tomar un bocado en la vecindad, algunos buenos, otros no tanto, todos con sus clientes regulares. Era como un chaval recién salido de la escuela de abogados que monta un bufete en un pueblo que ya tiene una docena de picapleitos bien establecidos. Además, en aquellos días la Famosa Granburguesa de Al se vendía por dos cincuenta. Incluso en los noventa, dos y medio era el mejor precio que podía ofrecer.

—Entonces, ¿cómo demonios la vendes ahora por menos de la mitad? A no ser que de verdad *sea* carne de gato.

Soltó un bufido, un sonido que produjo un eco flemático de sí mismo en las profundidades de su pecho.

—Socio, lo que vendo es ternera americana cien por cien, la mejor del mundo. ¿Que si sé lo que dice la gente? Claro, pero no le doy importancia. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Impedir que la gente hable? De paso, también podría intentar impedir que el viento sople.

Me pasé un dedo por la garganta. Al esbozó una sonrisa.

—Sí, me estoy yendo por las ramas, lo sé, pero esto forma parte de la historia. Podría haberme quedado en Pine Street dándome cabezazos contra la pared, pero Yvonne Templeton no crió a ningún tonto. «Más vale huir para luchar otro día», solía decirnos de niños. Reuní todo el capital que me quedaba, engatusé al banco para que me prestara otros cinco de los grandes (no me preguntes cómo) y me trasladé aquí, a Las Falls. El negocio no ha ido del todo bien debido a cómo está la economía y a todos esos estúpidos chismes sobre las Gatoburguesas de Al, las Perroburguesas, las Rataburguesas o cualquier otra tontería que se invente la gente, pero resulta que ya no estoy atado a la economía de la misma forma que los demás. Y eso se debe a lo que hay detrás de la puerta de esa despensa. No estaba ahí cuando me establecí en Auburn, lo juraría sobre un montón de biblias de diez metros de altura. Solo se manifestó aquí.

—¿De qué estás hablando?

Me miró fijamente con sus ojos acuosos, de repente ancianos.

—Basta de charla por ahora. Tienes que descubrirlo por ti mismo. Adelante, ábrela.

Le miré con reservas.

—Considéralo la última petición de un hombre moribundo —insistió—. Adelante, socio. Si de verdad eres mi amigo. Abre la puerta.

5

Mentiría si dijera que mi corazón no metió una marcha más alta al hacer girar el pomo y tirar. No tenía ni idea de qué iba a encontrarme (aunque creo recordar que me asaltó una breve imagen de gatos muertos, despellejados y listos para la picadora eléctrica), pero cuando Al pasó la mano por encima de mi hombro y encendió la luz, lo que vi fue...

Bueno, una despensa.

Era pequeña, y estaba tan ordenada como el resto del local. Había estantes en ambas paredes, repletos de grandes latas tamaño restaurante. Al otro lado del cuarto, donde el techo se curvaba hacia abajo, había varios artículos de limpieza, aunque la escoba y la fregona descansaban en posición horizontal porque esa parte de la despensa no alcanzaba el metro de altura. El suelo era del mismo linóleo gris oscuro que el del restaurante, pero en lugar de un ligero olor a carne cocinada, aquí se percibía un aroma a café, hierbas y especias. En el aire flotaba también otro olor, sutil y no tan agradable.

—Vale, es la despensa —dije—. Ordenada y bien abastecida. Sobresaliente en gestión de provisiones, si existe tal cosa.

—¿A qué huele?

—A especias, sobre todo. Y a café. También a ambientador, quizá, no estoy seguro.

—Ajá, uso Glade. A causa de ese otro olor. ¿Quieres decir que no huele a nada más?

—Bueno, hay algo. Como azufre. Me recuerda a cerillas quemadas. —También me recordaba al gas venenoso que mi familia y yo soltábamos después de las judías que cocinaba mi madre los sábados por la noche, pero consideré inapropiado mencionarlo. ¿Los tratamientos contra el cáncer provocan ventosidades?

—Es azufre. Además de otras sustancias, ninguna de ellas Chanel Número 5. Es el olor de la fábrica textil, socio.

Otro disparate más, pero lo único que contesté (en un tono de ridícula cortesía de cóctel) fue:

—¿De veras?

Sonrió de nuevo, exponiendo aquellos huecos que el día anterior habían albergado dientes.

—Eres demasiado educado para decir que la Worumbo lleva cerrada desde que Hector era un cachorro. Que de hecho se quemó casi hasta los cimientos a finales de los ochenta, y ahí detrás —señaló con el pulgar por encima del hombro— no queda nada más que un viejo almacén en desuso. La parada turística básica de Vacacionlandia, igual que la Compañía Frutera del Kennebec durante los Días del Moxie. Además, estás pensando que ya es hora de coger el teléfono móvil y llamar a los hombres de las batas blancas. ¿Ando muy desencaminado, socio?

—No voy a llamar a nadie, porque no estás loco. —Me sentía de todo menos seguro respecto a eso—. Pero aquí solo veo una despena, y es cierto que el Taller de Tejidos Worumbo no ha producido ni un rollo de tela en el último cuarto de siglo.

—No vas a llamar a nadie, en eso has acertado, porque quiero que me entregues tu teléfono, tu cartera y el dinero que tengas en los bolsillos, monedas incluidas. No es un robo; lo recuperarás todo. ¿De acuerdo?

—¿Cuánto va a durar esto, Al? Porque me quedan varios trabajos por corregir antes de poder cerrar las actas del año escolar.

—Durará tanto como tú quieras —dijo—, porque solo dura dos minutos. *Siempre* dura dos minutos. Si quieres, tómate una hora y curioseas un poco por ahí, pero yo no abusaría la primera vez, porque es un verdadero shock para el organismo. Ya verás. ¿Confías en mí? —Algo que advirtió en mi rostro hizo que apretara los labios sobre la mermada dentadura—. Por favor. *Por favor*, Jake. La petición de un hombre moribundo.

Yo estaba seguro de que se había vuelto loco, pero estaba igual de seguro de que decía la verdad con respecto a su estado. En el poco rato que llevábamos hablando, tenía la impresión de que sus ojos habían retrocedido aún más en las profundidades de las cuencas. Además, se le veía agotado. Las dos docenas de pasos desde el reservado hasta la despensa, en el otro extremo del restaurante, habían bastado para que se tambaleara. Y el pañuelo ensangrentado, me recordé a mí mismo. No te olvides del pañuelo ensangrentado.

Además... a veces lo más fácil es seguir adelante, ¿no creéis? «Déjalo y déjaselo a Dios», les gusta proclamar en las reuniones a las que asiste mi ex mujer, pero decidí que en esta ocasión iba a ser «Déjalo y déjaselo a Al». Hasta cierto límite, en cualquier caso. Y oye, me dije, en estos tiempos coger un avión es más incordio que esto. Él ni siquiera me ha pedido que ponga los zapatos en una cinta.

Desenganché el teléfono del cinturón y lo deposité sobre una caja de latas de atún. Añadí mi cartera, unos pocos billetes doblados, monedas por valor de un dólar cincuenta, más o menos, y mi llavero.

—Guárdate las llaves, no importan.

Bueno, a mí sí me importaban, pero mantuve la boca cerrada.

Al metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes considerablemente más grueso que el que yo había depositado encima de la caja. Me lo tendió.

—Dinero para emergencias. Por si quieres comprarte un recuerdo o algo. Vamos, cógelo.

—¿Por qué no habría de usar mi propio dinero para eso? —pregunté de manera muy razonable, en mi opinión. Como si esa disparatada conversación tuviera algún sentido.

—Eso da igual ahora —dijo—. La experiencia responderá a la mayoría de tus preguntas mejor de lo que yo sería capaz, aun cuando me sintiera en plena forma, y ahora mismo estoy a años luz de sentirme en plena forma. Toma el dinero.

Cogí el fajo y lo inspeccioné. Los primeros billetes, de un dólar, parecían buenos. Entonces llegué a uno de cinco que parecía al mismo tiempo bueno y no tan bueno. Encima del retrato de Abe Lincoln se leía la leyenda **CERTIFICADO DE PLATA**, y a la izquierda destacaba un gran 5 de color azul. Lo sostuve a contraluz.

—No es una falsificación, si es lo que estás pensando. —Al sonaba cansadamente divertido.

Quizá no —al tacto parecía tan auténtico como a la vista—, pero no había ninguna imagen impresa con tinta penetrante.

—Si es auténtico, es viejo —comenté.

—Guárdate el dinero en el bolsillo, Jake.

Obedecí.

—¿Llevas encima alguna calculadora? ¿O cualquier otro aparato electrónico?

—No.

—Entonces supongo que ya estás listo para partir. Date la vuelta y mira al fondo de la despensa. —Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, se pegó una palmada en la frente y dijo—: Ay, Dios, ¿dónde tengo la sesera? Me olvidaba de Míster Tarjeta Amarilla.

—¿Quién? ¿Míster qué?

—Míster Tarjeta Amarilla. Así es como yo le llamo, no conozco su nombre real. Toma, coge esto. —Hurgó en su bolsillo y luego me tendió una moneda de cincuenta centavos. Hacía años que no veía una, quizá desde que era niño.

La ope sé en la palma de la mano y finalmente dije:

—No creo que quieras darme esto. Probablemente tenga valor.

—Claro que tiene valor. Medio dólar.

Rompió a toser, y esta vez el ataque lo zarandeó como un vendaval, pero cuando hice ademán de acercarme, me indicó con un gesto de la mano que me apartara. Se inclinó sobre la pila de cajas donde se hallaban mis cosas, escupió en el puñado de servilletas, las miró, parpadeó, y después cerró el puño. El sudor empapaba su demacrado rostro.

—Un sofoco, o algo por el estilo. El maldito cáncer me está jodiendo el termostato a la vez que me hace papilla. Respecto a Míster Tarjeta Amarilla. Es un borrachín, y es inofensivo, pero no se parece a los demás. Es como si *supiera* algo. Creo que solo se trata de una coincidencia, porque da la casualidad de que merodea no muy lejos de donde irás a salir, pero quería ponerte al corriente.

—Pues te estás luciendo —le dije—. No tengo ni puta idea de qué estás hablando.

—Dirá: «Tengo una tarjeta amarilla del frente verde, así que dame un pavo porque hoy se paga doble». ¿Lo has entendido?

—Entendido. —Cada vez estaba más hundido en la mierda.

—Y sí, lleva una tarjeta amarilla metida en la cinta del sombrero. Probablemente no sea más que la tarjeta de una compañía de taxis, o a lo mejor un cupón del Red & White que encontró en alguna cloaca, pero tiene las neuronas regadas con vino barato y parece pensar que es como el Billeto Dorado de Willy Wonka. Entonces *tú* le dices: «No me sobra un dólar para dártelo, pero ahí va media piedra», y le sueltas la moneda. Después puede que él diga... —Al levantó un dedo esquelético—. *Puede* que diga algo como: «¿Por qué estás aquí?» o «¿De dónde vienes?». O incluso algo como: «Tú no eres el mismo tipo». No lo creo, pero es posible. Hay mucho que desconozco. Diga lo que diga, déjalo junto al secadero, que es donde lo encontrarás sentado, y sal por la verja. Cuando te vayas, probablemente dirá: «*Sé* que tenías un pavo de sobra, gorrón hijoputa», pero no le hagas caso. No mires atrás. Cruza las vías y estarás en la intersección de las calles Main y Lisbon. —Me dirigió una sonrisa irónica—. Después de eso, socio, el mundo es tuyo.

—¿El secadero? —Me parecía recordar vagamente *algo* cerca del lugar donde se ubicaba ahora el restaurante, y supuse que podía tratarse de la nave de secado de la antigua Worumbo, pero, fuera lo

que fuese, ya había desaparecido. De haber existido una ventana en la pared trasera de la acogedora y pequeña despensa no se habría divisado nada salvo un patio de ladrillos y una tienda de ropa de abrigo llamada Confort de Maine. Yo mismo había adquirido allí una parka North Face poco después de Navidad, y resultó una verdadera ganga.

—No te preocupes por el secadero, tan solo acuérdate de lo que te he dicho. Ahora date la vuelta otra vez, eso es, y avanza dos o tres pasos. Que sean cortos, pasos de bebé. Haz como si estuvieras buscando una escalera con las luces apagadas, con cuidado.

Hice lo que pedía, sintiéndome como el mayor imbécil del mundo. Un paso... bajando la cabeza para evitar rozar el techo de aluminio..., dos pasos..., ahora agachándome ligeramente. Dos o tres pasos más y tendría que arrodillarme, cosa que no estaba dispuesto a hacer, fuera o no fuese aquella la petición de un hombre moribundo.

—Al, esto es absurdo. A no ser que quieras que te lleve una caja de macedonia o algunos de estos paquetes de gelatina, aquí no hay nada que...

Entonces fue cuando mi pie descendió, de modo similar a cuando empiezas a bajar un tramo de escalera. Excepto que seguía pisando firmemente el suelo de linóleo gris oscuro. Lo veía.

—Ahí lo tienes —dijo Al. Los guijarros se habían desprendido de su voz, al menos temporalmente; la satisfacción suavizaba sus palabras—. Lo has encontrado, socio.

Pero ¿qué había encontrado? ¿Qué estaba experimentando exactamente? El poder de la sugestión parecía la respuesta más probable, pues independientemente de lo que sintiera, veía mi pie en el suelo. Excepto que...

¿Sabéis cuando, en un día soleado, cerráis los ojos y podéis ver en la retina una imagen remanente de lo que fuese que estuvierais mirando? Era parecido a eso. Cuando me miraba el pie, lo veía en el suelo, pero cuando *pestañeaba* —no sabría decir si un milisegundo antes o un milisegundo después de cerrar los ojos—, captaba fugazmente la visión de mi pie en un peldaño de madera. Y no se hallaba bajo la tenue luz de una bombilla de sesenta vatios. Se hallaba bajo un sol radiante.

Me quedé petrificado.

—Adelante —dijo Al—. No te va a pasar nada, socio. Continúa. —Tosió con aspereza, y seguidamente, en una especie de desesperado gruñido, añadió—: *Necesito que hagas esto.*

De modo que lo hice.

Que Dios me ayude, lo hice.